

Parte V

Capítulo 18

¿Qué tenemos que hacer para reconciliarnos?

El arrepentimiento y la reconciliación son el tema vital de este libro. Es un esfuerzo para entender el Evangelio y lo que requiere de nosotros, de toda la Iglesia de Cristo, en relación a los judíos. Como individuos, puede ser que hayamos albergado sentimientos u opiniones anti-judías, o quizás no. Esta posibilidad no es el tema de este libro, aunque por supuesto cada cual tiene que examinar su conciencia en oración. Pero sí tenemos que enfrentar un reto como miembros del Cuerpo de Cristo. No podemos dar marcha atrás para deshacer los errores y crímenes ya cometidos; pero ¿qué quiere Dios que hagamos ahora? ¿Cómo puede la Iglesia arrepentirse?

Tenemos que hacer hincapié en un aspecto del arrepentimiento: la necesidad de *pensar* en los que han sido heridos — comprender, pedir la ayuda divina para llegar a la empatía, o según la antigua frase cuáquera “ser bautizado en la condición de los demás.” No basta reconocer que algo malo ha pasado. Tenemos que pensar en cómo la víctima lo sintió — dolor, miedo, pérdida, humillación, enojo, sentimientos de culpabilidad — tenemos que tratar de compenetrarnos con esos sentimientos de la víctima, conscientes de que nunca podremos hacerlo a cabalidad; pero también conscientes de que no podemos compensar la herida hasta no darnos cuenta en lo más hondo de cómo nuestras acciones y las de nuestra Iglesia han afectado a los judíos en cuestiones temporales y espirituales.

El odio, la persecución y el desprecio de los cristianos tienen que haber afectado al judaísmo tanto espiritual como materialmente. La experiencia de la esclavitud en Egipto ciertamente ayudó en la formación de la pasión

judía por la justicia, pero de ningún modo puede este hecho excusar a los egipcios de antaño. Hay judíos que dicen que Dios ha usado la persecución para pulir y fortalecer el espíritu de los judíos, pero nada de eso puede excusar a la Iglesia cristiana. ¿Como podemos compensar por siglos de opresión, culminando aunque no terminando con el Holocausto?

“¿Acaso es tan difícil decir la verdad? ...los sobrevivientes judíos, al igual que los sobrevivientes de todas las masacres, quieren que se diga la verdad más que cualquier otra cosa.”¹ Pues, sí, es difícil — muy difícil. Nos duele confesar cuán a menudo el Evangelio que amamos ha sido usado como instrumento de odio. Me fue difícil escuchar a una amiga judía cuando me dijo que la cruz bordada sobre mi escritorio, que hice con tanto esmero y que tiene tanto significado espiritual para mí, para ella simbolizaba el maltrato que tuvo que sufrir como niña, cuando otros niños abusadores con cruces al cuello se mofaban de ella por ser judía. Me es difícil repetir su historia. Pero historias como esta tienen que ser contadas, y tenemos que escucharlas — no a la defensiva sino con corazones abiertos y tiernos.

Si queremos obedecer el mandamiento de amar a nuestros prójimos judíos, tenemos que escucharles — individual y colectivamente. Tenemos que educarnos sobre su tradición y reconocer su hermosura, sobre su historia y reconocer su dolor. Tenemos que esforzarnos por comprender y decir la verdad sobre los pecados de la Iglesia de antaño y de hoy en día. Tenemos que aceptar nuestra responsabilidad colectiva.

Cómo pedir perdón

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y
repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has
ganado a tu hermano. —Mateo 18:15²

¹ Goldhagen, *A Moral Reckoning*, 234.

² Reina Valera 1960.

Durante años he pensado sobre el significado de pedir perdón; lo que quiero escuchar de quienes me han herido, lo que necesito decirle a quienes he ofendido. Me he sentido profundamente herida por quienes nunca parecían entender lo que habían hecho, y nunca pidieron perdón; generalmente esas experiencias resultaron en un alejamiento parcial o total. Pero en un caso no pude seguir con mi vida y dejarlo atrás, sino que años después pedí un encuentro según Mateo 18, en el que traté de explicarle cómo yo había sido herida. La otra persona reconoció que yo había sido herida y que él había sido injusto, confesó su responsabilidad, y expresó su arrepentimiento. Escucharle decir esa verdad era lo que yo más necesitaba. Esa experiencia bendita y transformadora terminó con abrazos, lágrimas, y oraciones de alabanza.

¿Cómo me hubiera sentido si me hubiera respondido, “Yo no tengo la culpa; eso te lo hizo otro,” o “eres hipersensible,” o “tú tuviste la culpa,” o esa terrible pseudo-disculpa, “lamento que te hayas sentido ofendida,” o cualquier otra excusa esquiva y defensiva? Yo temía mucho que algo así ocurriera; salir golpeada sobre la cicatriz y sin la menor esperanza de reconciliación.

El año próximo estuve en una gran fiesta donde estuvo presente una segunda persona que participó en la misma situación pero que nunca ha reconocido el daño que me hizo. En este evento social no nos encontramos, y yo no sentía ningún impulso de buscar una oportunidad de conversar. Pensándolo después, me di cuenta que la diferencia estaba en que yo no había conocido esta otra persona a fondo y la relación no me importaba mucho. Si la segunda persona me hubiera pedido disculpas, estaría dispuesta a escucharle y tratar de perdonarle, y quizás habríamos establecido una verdadera amistad. Pero no me importó lo suficiente como para tomar la iniciativa y arriesgarme a sentirme herida una vez más.

En el capítulo 3 examinamos los diferentes conceptos judíos y cristianos sobre el perdón. La reconciliación y el perdón en el sentido judío ocurre entre seres humanos; sólo la persona ofendida — y ningún otro — puede perdonar la ofensa. El perdón entre seres humanos tiene otro significado en el contexto cristiano; generalmente quiere decir que, después de reconocer que uno ha sido ofendido injustamente, uno voluntariamente abandona los sentimientos de rencor contra el ofensor; no es lo mismo que echarlo en el olvido, y no requiere reconciliación.³ Una amiga mía ha dado un testimonio conmovedor sobre el perdón en el sentido cristiano, basado en Salmos 69:4 — “¿He de pagar lo que no robé?”⁴ Dice que es posible que el proceso de sanarse de una herida no incluye una reconciliación con el ofensor: “Llega un momento en que no importa quién hizo qué, ni cuándo, ni lo que había sido robado. La cuestión es si podemos abrirnos para escuchar a Dios que nos está diciendo lo que puede restaurar la vida YA.”⁵

En el sentido cristiano, he perdonado a esa segunda persona con quien no me reconcilé; no le guardo rencor, casi ni pienso en ella, me he sanado y sigo con mi vida. Sin embargo no siento ningún deseo de amistad con esa persona; en el sentido judío no la he perdonado porque no han habido reconciliación.

Después de orar sobre este tipo de experiencia, estoy mucho más consciente de mi propia responsabilidad de reconocer cuando es posible que he ofendido a alguien, y de conversar con la persona y pedir perdón. A veces la persona ha sido un amigo querido, a veces alguien que apenas conozco. Casi siempre mi disculpa ha sido aceptada amablemente, y a veces la relación se ha enriquecido.

³ “Forgiveness,” 5.

⁴ *Reina Valera 1960*.

⁵ Hoffman, “The Healing Work of Psalms.”

Pasos para pedir perdón

1. Reconozco que te he ofendido
 - a. Específicamente, esto es lo que hice.
 - b. Lo que hice fue injusto por esta razón.
2. Tú no merecías tal trato.
 - a. Los errores o fallos tuyos no causaron mi ofensa.
 - b. Tus acciones no justifican lo que te hice.
3. Me arrepiento de corazón por lo que te hice.
4. Estoy determinado de no hacer este tipo de ofensa contra ti ni contra nadie.
 - a. He examinado las causas y los motivos de mis acciones.
 - b. Trataré de evitarlos y de quitar esas cosas de mi corazón.
5. Dime, por favor, cómo puedo compensarte por mi ofensa.
6. Te pido que aceptes mi arrepentimiento.
 - a. Espero que me puedas perdonar,
 - b. Quisiera restaurar nuestra relación si fuera posible.

La reconciliación colectiva

En el Sermón del Monte, Jesús nos enseñó que la reconciliación tiene vital importancia. Es bastante difícil a nivel individual y mucho más difícil cuando la ofensa abarca a millones de gente y siglos de historia. ¿En qué sentido debo yo pedir perdón como cristiana al pueblo judío? ¿En qué sentido debe la Iglesia pedir perdón colectivo?

Durante mucho tiempo hubiera sido muy peligroso para los judíos reclamarles a los cristianos que les pidieran perdón. Todavía hoy el antisemitismo se expresa en formas truculentas contra judíos que se destacan públicamente.⁶ Aunque estén dispuestos a tener relaciones personales amables con sus vecinos cristianos, a muchos judíos modernos el cristianismo no les importa lo suficiente como para que interesarse en la

⁶ Groisman, “Anti-Semitism Is Back.”

reconciliación o el diálogo interreligioso. Tienen todo el derecho de pedir que los dejemos tranquilos, como Eliezer Berkovitz dijo tan enérgicamente en el capítulo anterior: “¡Sólo queremos que los cristianos no se meten con nosotros y nuestros hijos!”⁷ Puede ser que esa actitud nos cause desazón a los cristianos pero tenemos que respetarla.

Cuando se me ha ofendido personalmente, yo puedo decidir si quiero buscar reconciliación o abandonar la relación. En cambio, cuando yo he ofendido a otro, no puedo decidir tal cosa; siento una obligación espiritual de pedir perdón con sinceridad. Como cristianos, tenemos que enfrentarnos al reto espiritual de decidir cómo actuar ante el peso de las ofensas cristianas contra los judíos. No debemos esperar a que los judíos lo pidan, pero sí debemos sentirnos muy agradecidos a los judíos que están dispuestos a hablar con nosotros sobre el tema.

El pecado colectivo e institucional

El Consejo de Iglesias de Maine deplora el ataque de vandalismo del viernes, 21 de septiembre 2012 contra las sinagogas Beth Abraham y Beth Israel con esvásticas y otros símbolos asociados con el antisemitismo. El incidente nos entristece y perturba especialmente porque, ya sea vandalismo o crimen de odio intencional, ocurrió en medio de los Días Temibles.⁸ La larga y lamentable historia de las relaciones entre judíos y cristianos, incluyendo la historia de las denominaciones miembros de este Consejo, nos obliga a nosotros y a todo cristiano a recordar esa historia, a enseñarla a nuestros hijos, y a

⁷ Berkovits, “Judaism in the Post-Christian Era,” 293.

⁸ Los diez días entre Rosh Hashaná y Yom Kipur, el período más sagrado en el año judío.

apoyar en solidaridad a los que han sido atacados y perjudicados.

—Jill Job Saxby, Directora Ejecutiva⁹

Ante la magnitud de la tragedia y la naturaleza sin precedentes del crimen, demasiados sacerdotes de la Iglesia ofendieron con su silencio a la Iglesia misma y a su misión.

Hoy confesamos que ese silencio fue un error. También admitimos que durante ese período la Iglesia de Francia fracasó en su misión de educar las conciencias, y por lo tanto comparte con el pueblo cristiano la responsabilidad de no haber ayudado al rescate en la primera etapa cuando las protestas y la protección eran posibles y necesarias, aunque más tarde hubo numerosos actos de valentía.

Reconocemos esta realidad hoy porque este fracaso de la Iglesia de Francia y su responsabilidad para con el pueblo judío son parte de nuestra historia. Confesamos este pecado. Pedimos el perdón de Dios, y pedimos al pueblo judío que oigan nuestras palabras de arrepentimiento.

Esta acto recordatorio nos llama a aumentar la vigilancia en pro de la humanidad en el presente y en el futuro.

—Arzobispos Católicos Romanos de Francia, 1997¹⁰

Daniel Goldhagen examina la responsabilidad del pueblo común de Alemania¹¹ y de la Iglesia Católica¹² ante el Holocausto, y rechaza el concepto de culpabilidad colectiva, cosa que describe como una abominación moral: “Cuando se afirma como hecho moral que existe la

⁹ Saxby and Maine Council of Churches, “Statement on Defacement of Synagogues.”

¹⁰ “Declaration of Repentance.”

¹¹ Goldhagen, *Hitler’s Willing Executioners*.

¹² Goldhagen, *A Moral Reckoning*.

culpa colectiva se está enfocando la atención en la colectividad, se priva al individuo de su individualidad, de su voluntad moral, de su responsabilidad moral individual.”¹³ Sin embargo, Goldhagen reconoce la necesidad de la retribución institucional: “Un pueblo — alemanes, cristianos, judíos, americanos, franceses — nunca puede ser culpable ni tener la responsabilidad posterior de restituir las ofensas.... sólo los individuos culpables y las instituciones culpables, y después de las ofensas los que son miembros de la institución por su propia y libre voluntad tienen la responsabilidad de compensar a las víctimas y de ofrecer restitución.”¹⁴ Opina que los alemanes como individuos son responsables para las cosas específicas que hicieron, y que no se debe echar la culpa al pueblo alemán en su totalidad. Destaca que algunos individuos católicos, sacerdotes, monjes, y laicos, se arriesgaron de forma comprometedora para proteger a los judíos en situaciones específicas. No obstante, opina que la Iglesia Católica como institución debe pagar compensación a causa de no usar su poder institucional para contrarrestar el antisemitismo nazi, por no enseñar con autoridad durante ese período que la persecución es contraria a la doctrina cristiana, por no llamar a los fieles católicos a negarse a participar. Goldhagen distingue entre la compensación política, material y moral; enfatiza más el aspecto moral: el reconocimiento público de la verdad de lo que pasó, la expresión del arrepentimiento, la restitución cuando sea posible, y la implementación de medidas para que tal cosa no vuelva a repetirse en el futuro.¹⁵

En 1988 el presidente Ronald Reagan firmó un reconocimiento de responsabilidad por los campos de concentración para japoneses en los EEUU durante la Segunda Guerra Mundial. La ley reconoció la injusticia,

¹³ Ibid., 9.

¹⁴ Ibid., 214–15.

¹⁵ Ibid., 221–22.

asignó fondos de compensación, y declaró como causa “el prejuicio racial, la histeria de la guerra, y un error de liderazgo político.”¹⁶ Con respecto a evitar una repetición de esta injusticia, el reconocimiento público puede tener algún efecto en los que recuerdan la historia. Años antes, tuve una compañera de trabajo japonés-americana que había estado en los campamentos cuando joven. Lo mencionaba rara vez, pero cuando se refería a la experiencia, yo nunca sentía que ella me consideraba responsable, y yo tampoco me sentía responsable. Pero en 1988, me sentí orgullosa como ciudadana porque mi gobierno había confesado la injusticia, y me alegraba que una parte de mis impuestos iba a pagar una compensación por muy simbólica que fuera. En los términos de Goldhagen, yo no era culpable como individuo, pero soy ciudadana por mi propia y libre voluntad de la “institución” — en este caso, los EEUU — y no puedo negar mi parte en la responsabilidad de esa injusticia que ocurrió antes de mi nacimiento. Espero que algún día mi país reciba la gracia para poder reconocer de forma parecida otros pecados, incluyendo la esclavitud y el despojo de los indígenas de su tierra y su soberanía.

Aunque el pasaje siguiente del catecismo católico se refiere al individuo, también puede aplicarse a toda la Iglesia de Cristo:

“Muchos pecados causan daño al prójimo. Es preciso hacer lo posible para repararlo (por ejemplo, restituir las cosas robadas, restablecer la reputación del que ha sido calumniado, compensar las heridas). La simple justicia exige esto. Pero además el pecado hiere y debilita al pecador mismo, así como sus relaciones con Dios y con el prójimo. La absolución quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado causó. Liberado del pecado, el

¹⁶ “Civil Liberties Act of 1988”; Bishop, “Day of Apology and ‘Sigh of Relief.’”

pecador debe todavía recobrar la plena salud espiritual. Por tanto, debe hacer algo más para reparar sus pecados.”

—*Catecismo de la Iglesia Católica*¹⁷

Varios documentos sobre el judaísmo en el sitio del internet del Vaticano dejan claro que, al igual que Goldhagen, la Iglesia Católica hace una distinción entre los pecados individuales y los institucionales. Los documentos se refieren repetidamente a los pecados y errores de católicos como individuos, pero evitan con mucho cuidado cualquier sugerencia que la Iglesia Católica, como cuerpo, como una institución, puede haber errado o pecado. Por ejemplo: “la consideración de las circunstancias atenuantes no dispensa a la Iglesia del deber de lamentar profundamente las debilidades de tantos hijos suyos, que han desfigurado su rostro.”¹⁸ Leyendo estos documentos me escandalizó una falsa equivalencia, como si tanto judíos como cristianos fueran igualmente responsables por lo que pasó entre los dos grupos: “Deseamos transformar la conciencia de los pecados del pasado en un firme compromiso de construir un nuevo futuro, en el que no existan ya sentimientos antijudíos entre los cristianos o sentimientos anticristianos entre los judíos, sino más bien un respeto recíproco.”¹⁹

Sobre la cuestión de la responsabilidad colectiva, no estoy de acuerdo con la Iglesia Católica. En mi opinión, la Iglesia Cristiana, tanto las varias denominaciones como la iglesia total, tiene una responsabilidad institucional por la enseñanza del desprecio y por la persecución de los judíos que culminó en la Shoá y que continúa hoy en día. A fin de cuentas, la Iglesia Católica sí ha aceptado la responsabilidad institucional, aunque no lo expresa así;

¹⁷ #1459 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 417.

¹⁸ Juan Pablo II, “Tertio Millennio Adveniente” #35.

¹⁹ Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo, “Nosotros Recordamos” V.

ha habido un cambio significativo en sus enseñanzas oficiales sobre los judíos después de *Nostra Aetate*. Algunas denominaciones protestantes también han progresado mucho. Lamento decir que esto no incluye la mía, en la que se ha preferido pasar por alto la enseñanza del desprecio.

La historia de persecución y desprecio narrada en este estudio me avergüenza y me enfurece. Tomo en serio el concepto de la Iglesia como el cuerpo de Cristo, y como miembro de ese cuerpo no puedo negar la responsabilidad, ni esquivarla echándole la culpa a individuos del pasado. Tengo que poner de mi parte, examinar mi consciencia, reconocer la responsabilidad, y pedir a la Sociedad Religiosa de los Amigos y a la Iglesia total que se entreguen a la difícil obra de arrepentimiento colectivo.

Lo que NO tenemos que hacer

He leído varios autores que responden al problema del antisemitismo y el anti-judaísmo con un llamado a la Iglesia a que cambie su cristología y abandone la doctrina que la salvación sólo es posible por medio de Jesucristo.²⁰ A mí me parece igual que responder a una epidemia de influenza con un llamado a que todos dejen de respirar. Eso no cabe en la realidad. Dentro de la Iglesia, hay una gran variedad de cristologías, y una gran variedad de interpretaciones de versículos como “Nadie viene al Padre, sino por mí.”²¹ Algunos cristianos, incluyéndome a mí, somos universalistas que creen que el amor de Dios es tan intenso y tan abarcante que ningún alma puede ser condenada en absoluto, sean cual fueren sus creencias. Pero la mayoría de los cristianos creen que uno no puede ser aceptable a Dios sino por fe en Jesucristo, y ese entendimiento es el firme cimiento de su vida espiritual. Una propuesta a que ellos cambien a causa del anti-judaísmo me parece sólo una continuación de un antiguo

²⁰ e.g. O’Hare, *The Enduring Covenant*, 70–100.

²¹ Juan 14:6b *Reina Valera 1960*.

debate dentro de la iglesia, que de verdad no tiene nada que ver con el judaísmo.

Lo más básico de este estudio propone que el anti-judaísmo no es esencial a la fe cristiana, y que nuestra fe va a ser más pura y más veraz sin ese elemento. Los cristianos podemos afirmar que Jesús y sus primeros seguidores eran judíos fieles que nunca rechazaron el judaísmo; que el judaísmo siempre ha sido una religión del amor de Dios para con el pueblo de Israel y para con todo el mundo; que los textos en el Antiguo Testamento que la Iglesia interpreta como profecías de Cristo tienen otros significados en su contexto original; que nada en el Testamento Cristiano dice que Dios ha rechazado a los judíos ni anulado su pacto con ellos; que podemos ser mejores cristianos si estamos abiertos a aprender de la tradición espiritual judía además que de la nuestra. Podemos arrepentirnos de la enseñanza errónea del desprecio y de los siglos de persecución y matanza. Nada de esto tiene que ser incompatible con la creencia de que la salvación es sólo por Cristo.

¿Qué tenemos que hacer para reconciliarnos?

Este libro está lleno de citas textuales. ¿Por qué leer paráfrasis mías cuando puedes escuchar a muchos otros en sus propias voces? En el capítulo 5 hice todo lo posible para apartarme y dejar que los judíos sobrevivientes de la Shoá hablaran por sí mismos. Considero que es apropiado al final del libro dejar que otros cristianos hablen por sí mismos.

Me considero descendiente de los que participaron en las cruzadas, de los que hicieron la Inquisición y otras atrocidades contra el pueblo judío. Escribí la posdata a este capítulo [sobre la Inquisición] como un recordatorio personal de estar siempre alerta para no repetir los pecados de mis antepasados cristianos. Creo que, como cristiano, no me atrevo a tomar la actitud de que “Si yo hubiera vivido en los días de mis padres, no habría sido cómplice con ellos

de derramar la sangre de los profetas” (véase Mateo 23:30). Al contrario, tengo que aceptar la responsabilidad de los pecados de mis antepasados cristianos, jurar que no los repetiré, expresar mi lamentación al pueblo judío, y retribuir por los daños de estos pecados en cualquier forma posible.... Espero poder aprender de la historia y con la ayuda de Dios hacerlo mejor que la sórdida historia de mis antepasados, y así quizás hacer un poquito por restaurar la relación quebrantada entre la iglesia y la sinagoga. ¡Amén! —David Bivin²²

La realidad de la vocación de Israel por el sufrimiento, si acaso me atreviera a decirlo así, no recibe un silencio de respeto profundo sino de indiferencia. No interrumpe ninguna práctica habitual, no cuestiona ninguna costumbre, no hiere ninguna consciencia. Nadie grita “¡pon toda tu atención en esto!” No hay ningún día en el año de la Iglesia cuando los cristianos se sienten obligados a congregarse para lamentar nuestros pecados contra los judíos. No sentimos que debemos pedir a Dios que quebrante nuestros corazones, y que los renueve, ni invitar a los judíos a escupir en la cara de los que lo han avergonzado a Él una vez más. No tememos ultrajar a Él y a Su pueblo con nuestro olvido mientras seguimos hablando del amor. “Éste pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí.” (Marcos 7.6).

—Alan Ecclestone²³

El Señor me designó el papel de hablar y escribir durante la guerra — me pareció que podía ser de ayuda. No fue así.

²² Bivin, *New Light on the Difficult Words of Jesus*, 153–54.

²³ *The Night Sky of the Lord*, 134.

Además, cuando la guerra llegó al fin supe que los gobiernos, los líderes, los eruditos, los escritores no sabían lo que les había pasado a los judíos. Fueron sorprendidos. El asesinato de seis millones de inocentes era un secreto.

Ahí fue que me hice judío. Al igual que la familia de mi esposa ... todos los judíos asesinados llegaron a ser mi familia.

Pero soy un judío cristiano. Soy un católico practicante. Aunque no soy hereje, mi fe me dice que la humanidad ha cometido el segundo pecado original: por hechos cometidos u omitidos, ignorancia autoimpuesta o insensibilidad, hipocresía o racionalización deslamada.

Este pecado acosará a la humanidad hasta el fin de los tiempos.

Me acosa a mí, y quiero que así sea. —Jan Karski²⁴

Reconocemos que muchos, muchos siglos de ceguera han nublado nuestra vista, hasta que ya no vemos la hermosura de Tu Pueblo Escogido, ni reconocemos en sus rostros las facciones de nuestro hermano primogénito. Reconocemos que nuestras frentes llevan la señal de Caín como huella del hierro candente. Durante largos siglos Abel yace en sangre y lágrimas, porque habíamos olvidado Tu amor. Perdónanos porque, con nuestra maldición, Te crucificamos por segunda vez.

—Papa Juan XXIII²⁵

²⁴ Citado en Berenbaum, *A Promise to Remember*, 28; un mensajero para el gobierno en el exilio polaco durante la Segunda Guerra Mundial, el testimonio de Karski sobre el gueto de Varsovia se encuentra en Lanzmann, *Shoah*, 154–161.

²⁵ Citado en Heer, *God's First Love*, vii.

Salmo de arrepentimiento y alabanza

Bendito seas tú, Altísimo Dios, Señor del
corazón y Rey del mundo

por tu amor sin fin y paciencia infinita,
gracia y perdón, tierna misericordia.

Por todo lo que has hecho por la humanidad,
Por todo lo que has hecho para la humanidad,
por todo lo que harás,
te engrandece mi alma.

Creaste un mundo lleno de misterio, hermosura,
pasmosa variedad;

dijiste que era bueno, en gran manera bueno, y
bueno es.

Moras en cada corazón humano,
llamas a que te amemos, y a escucharte;
nos hablas en todos los idiomas,
y en el lenguaje que mejor sirve a cada alma.

Nos enseñas y nos guías;
nos adviertes, nos castigas;
nos sanas y nos revivificas.

Hace ya tanto tiempo que escogiste a tu pueblo,
Israel,
para llevar tu mensaje,
y cooperar contigo perfeccionando tu buen
mundo.

Los enseñaste a amar, a servir,
les enviaste maestros y profetas;
los sostuviste a través de sufrimientos y peligros,
y los sostienes hoy.
Tu Pacto vive desde lo eterno hasta lo eterno.

Del árbol que salió del tronco de Isaí
dispersaste semillas fructíferas.
De algunas semillas nuevo árbol brotó —
mi querida iglesia, tradición de mi alma.
Te alabo porque amaste al mundo en tal manera
que enviaste a Jesucristo
para mostrarme tu amor en carne humana,

para que me llegara tu mensaje.
Te alabo por los fieles discípulos
que lo amaron aun después de su muerte en esa
Cruz;
por los millones que lo conocen hoy
reinando, resucitado en sus corazones;
te alabo por Su presencia aquí en mi interior,
por Sus dádivas que sanan mi alma.

Mi Santo Dios, ¡cuán a menudo hemos pecado!
¡Cuán a menudo el Cuerpo de Cristo
se ha olvidado de tu amor para con otros hijos
tuyos!
¡Cuán a menudo hemos pervertido tu Evangelio,
y lo hemos retorcido hasta el odio!
Perdónanos Señor.
Danos el arrepentimiento.
Enternece nuestro corazón hasta que lllore
los pecados de los antepasados, los pecados
nuestros.
Enséñanos a dar la vuelta que transforma,
quita las escamas de nuestros ojos ciegos.
Purifícanos, Señor. Purifica la Iglesia.
Enséñanos la verdad de tu Evangelio.
Ayúdanos a cambiar.
Por tu misericordia, ayúdanos a hacer
restitución a los judíos;
a honrarlos, respetarlos,
a amarlos con amor como el tuyo,
a ser más dignos del nombre de tu Hijo.
Bendito Maestro, bendito Amigo,
tú siempre perdonas,
nunca desprecias un corazón contrito.
Por tu gracia permítenos,
según tu voluntad,
arrepentirnos y reconciliarnos.